



VETERANOS DE GUERRA (I):

CORAJE BAJO EL FUEGO

“No me imagino a Dios como un asesino emboscado; le veo más bien como un jardinero dispuesto a cortar la flor más bella”.

Miguel Gil, “El Muyahidín”, corresponsal de guerra catalán durante el entierro de su compañero de AP Myles Tierney, muerto en Sierra Leona, quien sería asesinado en el mismo país en el 2000.



Dzemo es ingeniero civil, un hombre que conmueve tanto por el halo de bonhomía reflejado en su mirada como por su camaradería. Sus poco más de uno noventa de estatura y la cascada de cabellos grisáceos engañan respecto a su edad y todo lo que tuvo que vivir durante el asedio del Ejército Federal Yugoslavo (JNA) a su ciudad natal: Sarajevo.

Sarajevita de corazón y alma –aunque vive en Barcelona, España, desde el fin de la guerra-, para él la zona del *estari grad* –casco antiguo- de la ciudad enclavado en las zonas conocidas como *Carsija*, su parte más antigua, y *Basrcarsija* –léase *Bashcharsia*– su parte más moderna, son lo más hermoso de su ciudad natal. Estamos junto a Manel, amigo suyo de cuando llegó refugiado a Cataluña, mientras disfrutamos de un *pečenje* (léase *pechenye*: cordero).



Escucho con atención el susurro acompasado de su voz rememorando los tiempos anteriores a la guerra en que nadie preguntaba si eras bosnio, croata o serbio –esto es musulmán, católico u ortodoxo- y todos participaban alegremente invitados a las fiestas civiles y religiosas de cada sector de la población. “Éramos una ciudad cosmopolita, aunque lentamente creo que volvemos a ser un poco como antes de la guerra, considero que unos años más y será como antes”, nos dice con convicción.

Caminamos por las callejuelas del barrio antiguo y lentamente los recuerdos llegan a un punto de carisma humano, imposible de recrear



en palabras escritas. Muchas veces los sentimientos, el dolor ajeno derivado de una tragedia, son difíciles de transcribir en un texto periodístico, pues no se habla de “estrellas de farándula” sino de seres humanos a los cuales la tragedia cortó de tajo y sin misericordia sus sueños y esperanzas. Dzemo respira profundamente antes

de continuar su relato; la comisura de sus labios, el gesto en su rostro delatan sentimientos que afloran lentamente desde lo más profundo de su íntimo ser, de su humanidad perdida que anda en busca de su memoria. “El cuatro de mayo de mil novecientos noventa y dos pude sacar de la ciudad a mis hijas, a mi ex mujer y a mi actual mujer de Sarajevo, gracias a que tenía algunos buenos amigos en diversos frentes

de batalla; a ellas y a otras familias las logré subir en un autobús con refugiados y huérfanos de guerra rumbo a Europa occidental. Decidí quedarme a defender mi ciudad, mi familia –pues sus padres ya mayores de edad se quedaron también en la ciudad- y mi gente.”

“Combatí en el Primer Cuerpo de la *Armija* Bosnia –*Armija*: ejército-, mi comandante en jefe era el General serbio Jovan Divjak. quien para nosotros los bosnios es uno de los héroes nacionales de nuestro país, pues aunque era serbio decidió abandonar al ejército federal y sería el artífice de la defensa no sólo de la ciudad, sino de toda Bosnia; nadie se atreve a hablar mal de él acá, te meterías en problemas con la gente si lo hicieras. En mi unidad el jefe de mi pelotón también era serbio, si bien habían croatas; para nosotros no había diferencia, claro, aunque no siempre era así, también los hubo que traicionaron y entregaron a sus vecinos. Desgraciadamente en una guerra siempre se ve lo peor y lo mejor de la gente.”

Mientras visitamos la zona del frente en el que combatió –la cual se extendía desde el monte Igman hasta la parte oriental del aeropuerto de Sarajevo, donde ayudó en la construcción del túnel que serviría para sacar a heridos, refugiados y poder introducir material bélico y ayuda humanitaria-, me cuenta que un día en que estaba de guardia en un edificio a veinte pisos de altura desde el cual vigilaba una posición serbia con la ayuda de un teleobjetivo infrarrojo, se observó al mismo tiempo con un francotirador serbio; este, al verle a través de su mira telescópica, le saludó con la mano deseándole suerte. Ninguno de los dos disparó. “Cosas de la guerra, irrepetibles e incuestionablemente difíciles de explicar”, terminó de contarme entre sonrisas.



Sobre el porvenir político y social del país es contundente en su apreciación: “Puedo decir sin temor a equivocarme que los veteranos de guerra consideramos que los políticos han traicionado los ideales de su lucha; todos de una u otra manera, en mayor o menor medida, cometieron errores o permitieron matanzas que exacerbaban los odios y las pugnas entre los bandos. Nosotros no luchamos por esto que hay ahora, corrupción a todos los niveles de gobierno”.